

LA GANANCIA
Anselmo Lorenzo

AN75
200

Biblioteca de EL PORVENIR DEL OBRERO.—1.

ANSELMO LORENZO

LA GANANCIA

Consideraciones generales

según el criterio libertario

Conferencia leída en la Asociación de la Dependencia Mercantil de Barcelona el 16 de Enero de 1904.



— MAHÓN —

Imprenta de EL PORVENIR DEL OBRERO

— 1904 —

ANSELMO LORENZO

LA GANANCIA

Consideraciones generales según el criterio libertario

Conferencia leída en la
Asociación de la Dependencia Mercantil de Barcelona el 16 de
Enero de 1904.

Mahón

1904

LA GANANCIA

I

Compañeros:

Hace muchos años, cuando aún no se hablaba en España de la Internacional y apenas se tenía otras nociones de socialismo que las propagadas por republicanos como Abdón Terradas, Sixto Cámara, Guisasola, Garrido, Pi y Margall y otros, pertenezco por algún tiempo a la dependencia mercantil. Mi tío, fabricante y mercader a la vez, me sacó de la imprenta suspendiendo mi aprendizaje, y me llevó al despacho de su almacén; sus negocios eran al por mayor, de modo que sus clientes eran comerciantes, y no tenía que luchar con el público del menudeo, sino con gentes que compraban para revender, lo que, para la situación del dependiente, no sé si era una ventaja o un inconveniente.

Aquella temporada fue para mí como una especie de curso de negaciones revolucionarias: conocí el egoísmo burgués, se me hizo repulsivo cuanto le sirve de apoyo, le fomenta y excita su ambición, que muchos autores califican de antropofagia, porque si bien es verdad que no come directamente carne humana, come sudor de pobre y ganancia de rico, sudor y sangre de segunda mano, que no otra cosa representan esas monedas con que negocia, que atesora y de que vive. No tardé mucho en volver a la imprenta. La riqueza burguesa, el demonio de la ganancia, fracasó en su tentación, no me sedujo: lo impidió mi repugnancia a la antropofagia ganancial.

Por eso cuando nuestros economistas y nuestros políticos que quieren alcanzar patente de entendidos en asuntos sociales hablan del comercio y de su poderoso influjo en la civilización, yo miro debajo y detrás de la decoración que alumbran aquellas luces de bengala, y veo el comerciante que alambica el céntimo convirtiéndose en parásito del productor y del consumidor, elaborando una ganancia que no puede atenerse al valor del servicio que presta, tanto porque ese valor es desconocido, como porque su móvil es la codicia, degenerando al uno y al otro, casi siempre en sisa y en fraude, y con frecuencia llega a la estafa y al envenenamiento por falsificación o mixtificación de los géneros, según el artículo en que se comercie o el ansia ganancial del comerciante.

La teoría del comercio o del cambio de productos considerada en abstracto y superficialmente, es hermosa y buena, representa la parte positiva y material de la solidaridad y de la fraternidad humanas. Castelar, aquel gran artista de la palabra, lo definió así:

“La Tierra tiene aptitudes diversas; los climas dan diferentes productos, pero merced al gran Hércules moderno, merced al comercio, en esos barcos que ora parecen grandes aves marinas, ora dejan la blanca estela en las aguas y la espesa nube de humo en los aires, reúne todos los productos: la piel que el ruso arranca a los animales perdidos en sus desiertos de

hielo y la hoja de tabaco que crece al sol ardiente de los trópicos; el hierro forjado en Siberia y los polvos de oro que el negro de África recoge en las arenas de sus ríos; las manufacturas fabricadas en Inglaterra y los productos traídos del seno de la India, empapados en los calores del iris por aquellas sociedades primeras, primeros testigos de la historia; el dátil de que se alimentaba el patriarca bíblico bajo las palmas de la vieja Asia y los brillantes y las piedras preciosas que entraña el virgen seno de la joven América; el zumo grato de las viñas que festonan las riberas del Rhin y el ardiente vino de Jerez, que lleva disuelto en sus átomos de oro partículas del sol de Andalucía para calentar las venas de los ateridos hijos del Norte”.

Hermoso cuadro, sí; pero esos productos de los diferentes climas y aptitudes de la Tierra, reunidos y distribuidos de la manera tan brillantemente expuesta por aquel maestro de la elocuencia, están sometidos al régimen tiránico de la ganancia, y por consiguiente, no se dan, sino que se cambian por dinero, y el dinero, que se ha convenido en considerar como signo de cambio, representación de un trabajo realizado para adquirir los productos necesarios a nuestra subsistencia, no está en manos de los productores, sino en poder de negociantes usurpadores, generalmente holgazanes, o que si trabajan, no es para el bien común, sino para el bien individual, contrario muchas veces, por no decir siempre, al general, lo

que transforma la belleza de la mutualidad del cambio en los horrores y en las infamias del agio. Ni puede ser de otro modo, porque, reducido constantemente el trabajo a condición servil, los trabajadores, esclavos, siervos o jornaleros, en todos los tiempos, no recibieron en cambio de su trabajo, que es la producción de lo superfluo y lo necesario en que viven y se encenagan los poderosos, más que la sopa o el salario de la vileza, que es lo estrictamente necesario para desarrollar fuerza física para seguir produciendo.

Y es de notar una particularidad: el comercio, ya lo habéis oído, y también lo sabían todos antes que el gran orador citado hubiera compuesto en un párrafo grandilocuente el símbolo comercial de la comunión de todas las razas; el comercio lleva al Sur los productos del Norte, al Este los del Oeste y viceversa en justa reciprocidad, valiéndose de todos los medios de comunicación inventados hasta el día, sin que las distancias, ni las diferencias de raza, de religión, de régimen político, de idioma ni de costumbres sean el menor obstáculo para que los comerciantes se entiendan y se fíen como si fueran hombres de buena fe y conciudadanos; pero el agio, que es la forma positiva actual del comercio, reduce al productor de los géneros que el comerciante, por otro nombre agiotista y usurero, expende o en que negocia y de quien es vecino, a la estrechez del jornal, con lo que si el infeliz productor jornalero puede a duras penas ir estirando su miserable vida, queda sin instrucción, sin higiene, sin alegría y sin dignidad; y si la producción es tanta que

supere al desaguadero del mercado, en tanto que el cliente del hemisferio opuesto, que puede ser un hereje y un enemigo patriótico, nada en la abundancia, el productor, que místicamente es un hermano y políticamente un conciudadano con quien se comparte la soberanía nacional, sufre un compás de espera sin jornal y con miseria, por la absurda razón de que los almacenes rebosan de mercancías de todas clases.

Acerca de este punto dice un anarquista inglés: todo individuo, trabajando socialmente, produce más de lo necesario para mantenerse vivo y en buen estado. Desde que las tribus guerreras esclavizaron a sus enemigos vencidos, en vez de matarlos y comérselos; es decir, comiéndoselos en salsa de esclavitud por la apropiación del trabajo que elaboraban, la excedencia de la producción ha ido en aumento. En la actualidad, esa antropofagia convertida en ganancia, ha aumentado la producción hasta llegar a la crisis de la superproducción. Y se pregunta: ¿qué se hará con el superproducto del trabajo que se pudre o se apolilla por falta de comprador? La respuesta categórica no se dará hasta que el productor necesitado no se persuade bien de que para comprar muchas cosas el derecho inmanente y la voluntad decidida tienen más valor que la moneda.

II

Compréndese que horrorice el canibalismo por triste, por imperiosa necesidad, por instinto de conservación, en el salvaje

que habita en regiones áridas e infecundas o en el refugio horriblemente desprovisto del naufrago, donde quiera que el sentimiento de la vida se rebela contra la inminencia avasalladora de la muerte; lo incomprensible es que los trabajadores de la civilización moderna agonicen por la privación, caigan en la fosa a un término medio de edad menor de la mitad que los privilegiados, y que después de la horrible mortalidad en que sucumben en prisiones y asilos benéficos, haya aún motivo para avergonzar al mundo con la estadística oficial de los muertos por inanición en ciudades riquísimas, como Londres, por ejemplo, donde el mal es mayor porque la ganancia obra en proporción muy superior.

Y para que no se diga que tan tremendas afirmaciones son producto de exageración sectaria, que siempre lo tristemente verdadero pareció exageración fanática al pancista escéptico y estacionario, extracto a continuación varios datos pertinentes a mi tema, sacados de las obras del insigne Kropotkine, algo anticuados ya, pero por lo mismo más dignos de crédito, por nadie desmentidos, aunque negados alguna vez por periodistas escépticos de profesión, pesimistas de oficio, *esquirols* permanentes, como pagados por la burguesía para servir de testigos falsos contra el ideal redentor de los trabajadores.

Sumando la población de las naciones de Europa y la de los Estados Unidos hace quince años, descontando algunos países

que por su atraso carecen de estadística, resultaba un total de unos 408 millones de habitantes.

La producción total de substancias alimenticias de esas poblaciones, compuesta de pan de trigo y otros cereales, legumbres, frutas, carnes, leche, huevos, caza y pesca, etc., se elevaba a 439.000 millones de kilogramos y 12.000 millones de litros de vino, de modo que a cada individuo correspondía 1.075 kilogramos de alimentos y 30 litros de vino.

Según los últimos experimentos científicos, el hombre adulto y en perfecta salud debe consumir 474 kilogramos anuales de substancias nutritivas, y si la Tierra da 1.075 kilogramos para cada uno, que es mucho más del doble, y descontando lo que consumen de menos niños, ancianos y enfermos, puede evaluarse al triple, resulta un excedente de substancias alimenticias de 245.000 millones de kilogramos, mientras en Rusia y en la India el hambre hace unos estragos superiores a los que causaba la peste en la Edad Media, y en los grandes emporios de la civilización sucumben los trabajadores de la anemia producida por la explotación, en tanto que por la fastuosidad de la soberbia, por la ambición usuraria de los acaparadores y la falta de medios de comunicación existente aún en ciertas regiones, se desperdician incalculables cantidades de alimentos, convirtiendo en dolor y muerte lo que debiera ser vida, alegría, ciencia, arte y felicidad.

Más aún: la agricultura, aunque rudimentaria y anticientífica, da triple de lo que la humanidad necesita para su consumo; y la industria progresa de modo asombroso, ocurriendo que las manufacturas de Europa y de los Estados Unidos daban hace algunos años un producto anual de 94.000 millones de pesetas, mientras que la agricultura, con doble número de trabajadores, obtenía un valor de 78 mil millones, diferencia consistente en la superior capacidad de los obreros industriales y en los adelantos de la mecánica.

Una serie de cálculos fundados en las estadísticas oficiales demuestran que lo que pudiéramos llamar la ración industrial del individuo, representa cinco veces más que lo que el individuo necesita, lo que no extrañará a quien considere que si hay muchos que carecen de vestido y hogar, hay palacios suntuosos y refinamientos de lujo que rayan en la prodigalidad y el derroche de modo incalculable y hasta inverosímil.

¿En qué se emplea ese exceso enorme de comestibles y de productos de todas clases? No hay estadística capaz de reducir a cifras exactas tan brutal desconocimiento de las reglas más elementales de la economía. Como simple indicación confirmatoria, Kropotkine cita algunos ejemplos: hay países en que por dificultades de transporte dejan pudrirse la cosecha; en Cerdeña había bosques de naranjos en que el dorado fruto, tan apreciado y tan espléndidamente pagado en los países del Norte que de él

carecen, se perdían por la distancia que les separaba de las costas; en los Estados Unidos había tiempo atrás, quizá el utilitarismo yanqui lo haya transformado actualmente, extensas regiones en que se empleaba el maíz como combustible. En España, antes de la formación de la actual red de ferrocarriles, en nuestros días, había comarcas en que se arrojaba el vino por hallarse rebosantes las bodegas, mientras en otras había escasez absoluta; se sabe de un propietario, y como éste hay muchos, que para darse importancia mantenía una jauría de cien perros de diversas castas, en cuya alimentación gastaba diariamente una cantidad de leche, carne y pan suficiente para mantener ciento veinte personas, y los labradores que trabajaban sus propiedades sufrían privaciones y encima la humillación de verse postergados a los perros del amo. Y eso no es excepcional: la aristocracia, en general, o sea los sucesores de muchas o varias generaciones de privilegiados, en su bestial degradación y degeneración, caen en la manía de criar perros, gallos luchadores y caballos, y con lo que despilfarran de sus usurpaciones para sostener a la altura de su estupidez su afición a la caza, a la riña y a las carreras, podrían alimentarse todos los hambrientos del mundo civilizado. Añádase lo que los ricos consumen en la mesa, en sus salones, en su lujuria, el valor de sus palacios y el derroche de sus extravagancias, y se verá que todo ello es como un océano inmenso donde afluye la producción como los ríos al mar.

A propósito de la doctrina conocida y abominada en la forma del famoso aforismo de Malthus “el que no encuentre cubierto en el banquete de la vida ha de retirarse”, creo oportuno poner a continuación un ingenioso pensamiento de Pierre Lerroux, un Lerroux muy diferente del que aquí han puesto en moda los trabajadores de la masa neutra, ¡pobres inconscientes que ya no piden el pan suyo de cada día a Dios, sino a la República, tan poco alimenticia la una como el otro.

“No creamos nada; no anonadamos nada; únicamente operamos cambios.

Con semillas, aire, tierra, agua y excremento producimos materias alimenticias para alimentarnos; y, alimentándonos, las convertimos en gases y excrementos, que producen a su vez o contribuyen a producir otras materias nutritivas: a esto llamamos consumir.

El consumo es el objeto de la producción, pero también es su causa. Y si no, razonemos: las semillas no pueden escasear; fácilmente se concibe que una arpena de trigo, cierta medida antigua, sembrada y resembradas sus cosechas, bastaría para cubrir en catorce años la superficie entera del globo que habitamos. En cuanto al aire, la atmósfera, por su fluidez ha escapado a la avaricia de los acaparadores, y por su abundancia

pertenece aún a todos los hombres. Lo mismo sucede con el agua; hay tanta en la tierra y en el aire, que no se ha pensado en detentarla en beneficio exclusivo de los señores. Y entonces, ¿por qué esos señores me prohíben vivir? ¿Por qué me arrojan del banquete de la vida? Si hay trigo, aire, tierra y agua en abundancia inagotable, y consumiendo produzco también, ¿tienen algún derecho especial a fundar una ganancia sobre mi excremento para que mi vida dependa de la benevolencia de los señores ricos?”

Paréceme que, aparte de la gracia verdaderamente original con que está presentado el raciocinio, es de absoluta justicia y no ha podido hallar Malthus contradictor más lógico e irrefutable. ¿Es cierta la fecundidad del trigo? ¿Son verdaderamente inagotables y excedentes para las necesidades humanas el aire, la tierra y el agua? Pues todo acaparamiento y limitación y consiguiente ganancia es criminal, toda crisis alimenticia es, además de criminal para los que resulten responsables, una torpeza injustificable e inexcusable. Toda propaganda del ahorro es a la vez que un engaño pedir al despojado la absolución del usurpador. No se necesita más dato para afirmar con toda seguridad la realización del ideal libertario comunista en que sin coerción de ningún género, por el poder de las fuerzas naturales sabiamente aplicadas y combinadas, se producirá sin limitación ni falsificación para

satisfacer todas las necesidades, y sobre esta base, elevarse a las alturas de la sociedad racional digna de la humanidad.

III

En la antigüedad, el esclavo, completamente asimilado a la bestia de carga, no tenía ningún derecho al fruto de su trabajo. El amo le mantenía, y cuando se invalidaba le arrojaba a servir de pasto a las murenas que engordaba para su mesa, o a que se muriese en cualquier parte como pudiese. En la Edad Media, el siervo sujeto al terruño, trabajaba a capricho del señor, pero esa misma dependencia le dejaba un tiempo en que trabajaba para sí: era un régimen inicuo, pero franco. El capitalismo moderno, hijo del refinamiento de la hipocresía denominada libertad del trabajo, no podía aceptar tan brutal franqueza, y acomodando el progreso con las palabras, ha inventado el jornal, que quiere que aparezca como la remuneración directa y adecuada del trabajo realizado, hallando el modo de que parezca por una parte que el trabajo sea retribuido íntegramente por su esfuerzo muscular o cerebral, y por otra, que el capital fructifica y elabora ganancia por su propia virtud.

He ahí una *verdad aparente*, una de esas pretendidas “leyes sociales” que es necesario negar y envilecer para que no justifique más la usurpación de que los trabajadores somos víctimas. Así no podrán decir un momento más los detentadores de la riqueza social que poseen con justicia, sino que roban con astucia ayudados por la fuerza. La verdad es que el jornal implica siempre cierta cantidad

de *trabajo no pagado*, la cual prolonga hasta la civilización actual la era de la esclavitud, de la explotación del hombre por el hombre y constituye para el capitalista la fuente única de la ganancia.

Conformándose con el jornal, aceptándole sin réplica, se aceptan todas sus consecuencias, y los mismos jornaleros, no me cansaré de repetirlo, son responsables del mal que sufren y del extracto de su propia vida que en forma de ganancia dan a sus explotadores. Veamos:

Se ha calculado que un trabajador norteamericano produce, un año con otro, un valor de cinco mil setecientos cincuenta francos en mercancías. El jornal medio es de mil setecientos cincuenta, de donde resulta que se usurpa al trabajador una ganancia nada menos que de cuatro mil francos anuales.

Ignoro cómo puede haberse planteado el problema, ni sé tampoco de qué datos consta, mas, considerando las cifras en este caso como detalle accesorio, tengo por racional y exacto el resultado. Basta, para tener la evidencia de ello, considerar que con el jornal no se compran fincas, ni papel del Estado, ni se levantan palacios, ni se viste con lujo, ni se come opíparamente, ni se va en coche, ni se tiene siquiera palco en la ópera, y siendo fabricante, sí se tiene todo eso, y además se disfruta de una especie de derecho de pernada con las proletarias, y se puede ser cacique político, y eso que, como dicen ellos, los tiempos están malos, que hay crisis,

que se aumentan las contribuciones y que los obreros se enredan en frecuentes huelgas.

Sabido es que los economistas pretenden apoyar sus teorías sobre la ciencia y justificar la ganancia, es decir, la usurpación que verifican en perjuicio de los trabajadores, persuadiéndonos que si somos explotados, miserables y hambrientos, lo somos científicamente y nada tenemos que reclamar. He aquí el fondo de su razonamiento: toman unos cuantos hechos derivados de la organización social presente, los declaran “leyes naturales”, es decir, los consideran como productos de la organización humana, contra los cuales nada puede hacerse y que han de aceptarse sin réplica, y ya tienen todo un sistema indestructible.

El valor es, para los economistas, el fundamento de su sistema, entendiendo por él la fabricación de objetos de consumo; pero como esos objetos no son productos exclusivamente humanos, ya que en ellos entran terrenos, aguas, fuego, electricidad, metales, maderas, pieles, fibras, frutos, etc., etc.; es decir, grandes fuerzas naturales, y la combinación química libre de los elementos constitutivos esparcidos sobre la superficie de la tierra, es evidente que el que se apodera de esos objetos para traficar con ellos, realiza una ganancia, pero se apropia un valor que no le pertenece más que en parte, en lo relativo a la necesidad de su subsistencia, y cuanto exceda de éste, sobre todo habiendo quien de ello carezca, cae dentro de la usurpación.

La teoría del valor inventada por los economistas no pasa de sofisma, es una ley artificial con que se pretende justificar el acaparamiento de los medios de producción y la usurpación de la riqueza social.

Insistiendo en la demostración, digo: es imposible determinar la parte de fuerzas naturales que entran en la fabricación de un producto; es injustificable que esas fuerzas naturales sean propiedad exclusiva del que, denominándose fabricante porque se lleva la ganancia, no contribuye, sino en contadísimos casos y en escasísima proporción, a la creación de un producto; es indeterminable la parte de fuerza muscular e intelectual necesaria para dar al producto forma comercial; no hay dinamómetro que pueda medir exactamente las fuerzas que entran en su fabricación para dar a cada uno de los que a su producción concurren, la parte correspondiente, y, por tanto, el valor de los objetos es puramente arbitrario, y sube o baja según las oscilaciones de la oferta y la demanda, artificiales muchas veces y con tendencia a serlo siempre, sobre todo desde que se ha descubierto la manera de formar esos *trusts* poderosos que imponen su voluntad en los mercados como los bandidos en las carreteras.

Si los primeros traficantes se hubieran limitado a cambiar objetos de consumo, claro es que no hubiera podido crearse esa ganancia a que se da el nombre de capital, y no se hubiera llegado a esta triste conclusión: el capital no se acumuló hasta que vino la moneda

a facilitar el cambio; sí, facilitarle, pero también a engañar al comprador sobre el valor del objeto vendido y a especular sobre el deseo o sobre la necesidad de poseer determinados productos.

La llamada ley de la oferta y la demanda y ese otro artificio a que se da el nombre de libertad de trabajo, ha reducido al obrero a renunciar, no diré a todo lo superfluo, sino a limitarse a lo absolutamente indispensable para la vida animal. Si en el perímetro donde ejerce su oficio el obrero hubiese otro que pudiese contentarse con una pitanza más escasa y miserable, aquél sería el preferido por el burgués, gananciero de profesión, y si en el lugar de uno hubiese cientos y miles de ellos, el jornal bajaría a proporción del mínimo de alimentos determinados por aquellos obreros bajistas. Por eso los obreros piamonteses, que se contentan con un plato de macarrones, reemplazan en Francia a los obreros franceses, que necesitan carne abundante, y en Barcelona, en Cataluña en general, donde tanto se ha desarrollado la industria y la aplicación mecánica, acuden los obreros llamados *pachos*, que comen pan y cebolla y almacenan sus familias en habitaciones reducidísimas con el fin de ahorrar y llevar dinero a su pueblo, como los chinos, produciendo la rebaja de los jornales, rebaja en que se toma por tipo esa vida miserable y sin objeto elevado y digno, tendiendo a reducir al trabajador a la condición de los coolíes, infelices trabajadores asiáticos que son actualmente una amenaza para el proletariado de Europa y América, si éste no se apresura a efectuar la revolución social, en atención a que esas pobres gentes,

incapaces de toda idea emancipadora, desarrollan fuerza animal a gusto del burgués a cambio de un puñado de arroz.

Gran recurso, a la vez que gran infamia, ha sido condicionar el precio del trabajo por el de las subsistencias: de ese modo se compra toda la fuerza del hombre, pareciendo comprar sólo su función, haciéndole creer que para la adquisición de las cosas indispensables a su existencia diaria, se necesitan diez o doce horas cada día, y para colmo de hipocresía capitalista, mientras en la verdadera esclavitud el trabajo del esclavo reviste la forma de trabajo no pagado, en el régimen capitalista, hasta el exceso de trabajo parece trabajo pagado, que así es y en eso consiste el arte del ganancierismo: en dar menos de lo racional, pareciendo que dan con exceso.

Lo que enriquece, pues, al burgués, es la ganancia consistente en la diferencia que existe entre lo que puede llamarse el *precio social* del trabajo, o sea el jornal medio, y el precio de venta, de que da exacta idea el cálculo de la producción del trabajador norteamericano de que queda hecho mención, y este otro fresco y reciente, que encuentro en una correspondencia de Londres publicada en un diario belga con la firma de un corresponsal que es querido amigo mío y compañero:

“Se trata de una señora Payne, viuda con tres hijos, que durante diez años se ganó la vida (¡qué vida!) trabajando en una gran sastrería del West-End. a quien

se pagaba seis farthings (15 céntimos) por una labor llamada «acabar pantalones», empleando en cada par dos horas, lo que elevaba su jornal a 1,20. Sus patronos juzgarían aún estrujable el caso, y la rebajaron el precio del trabajo, y aquella malaventurada heroína, la madre, la mujer fuerte, la que juzgo autorizada para pisotear la virtud estéril, mortalmente infecunda de las santas místicas canonizadas por la Iglesia, con la vergüenza en el rostro pidió socorro al magistrado, quien a su vez debió avergonzarse de representar ante aquella infeliz el inmenso poderío de la Gran Bretaña.

Con este motivo, M. Gilbert, que viene trabajando en una información acerca del *sweating* (explotación) en la industria del vestido, dice que los casos análogos son infinitamente más numerosos que lo que se creía. La producción media de los obreros y obreras que trabajan en esa industria es de cuatro libras esterlinas semanales; el término medio de los salarios es sólo de una libra. ¿Dónde van las tres libras restantes? Liberales y conservadores, librecambistas y proteccionistas permanecen indiferentes ante iniquidad tan tremenda. Pues hoy que la alternativa entre el libre cambio y la protección están a la orden del día en Inglaterra, bueno sería conceder alguna atención al problema del libre

cambio en carne y sangre, de que el caso de la señora Payne es un doloroso ejemplo”.

Véase un dato curioso acerca de este asunto:

En el período de 1860 a 1872, en Norteamérica, empleaba diez horas un obrero carpintero para construir una mesa especial llamada *Writing-table*, que valía lo equivalente a 20 francos en moneda francesa. El precio se establecía de esta manera: material, 8 francos; trabajo, 12; total, 20. Un ingeniero llamado Himlow inventó una máquina que podía hacer 100 mesas en diez horas, o sea una mesa en seis minutos, y en menos de dos años Himlow, explotando solo su invento, arruinó a los pequeños constructores, sin rebajar un céntimo el precio de las mesas. Vendió luego su privilegio de invención a un constructor de máquinas, y poco después no había en los Estados Unidos carpintería sin máquina Himlow.

He aquí ahora una suposición de Walter-Jourde, de *L'Humanité Nouvelle*:

Por el robo o de otro modo (la posesión es lo esencial, el modo no importa, porque el resultado es el mismo, ya que el dinero es un vale al portador), poseo un duro y con él compro material para una chaqueta de moda; pero como no sé hacerla, le propongo a un sastre pobre que me la haga, ya que él sabe, pero no tiene crédito ni las 5 pesetas que el comerciante exige para entregar el paño; el sastre acepta la proposición, y como es justo (el sastre y yo

convenimos en ello), yo que le suministro los medios de comer trabajando, tengo el derecho de comer viéndole trabajar. El sastre necesita un día para ejecutar su trabajo, y como el sustento de un hombre (alimentación, casa y vestido) cuesta un duro diario, resultan para los dos 10 pesetas, 5 para el sastre y 5 para mí, y quedamos en paz... en paz a la moda capitalista, y luego vendo la chaqueta en su justo valor, a saber: 5 pesetas de material, más 5 de hechura, más 5 de anticipo de capital, más 5 de coste de tienda y de servicios prestados por el Estado, total 20 pesetas, y aún resulta barata.

En el caso que acabo de suponer he empleado un obrero solo, que disponía únicamente de inteligencia, tijeras y aguja; pero si empleo cierto número de obreros y les hago trabajar con el número correspondiente de máquinas, si uno me ha dado de comer, entre todos me harán rico, quedando probado que la ganancia se funda en ese trabajo no pagado que utiliza el capitalista desviando toda noción de justicia y de economía.

La afirmación expuesta resulta probada y evidentísima, pero los economistas, cerebros estropeados por el sofisma, no lo reconocerán nunca. Para ellos el valor de las cosas es independiente del trabajo que cuesta producirlas, es el capital que fructifica por su propia virtud, es el dinero que se reproduce por generación espontánea; el valor de un objeto cualquiera es proporcional al servicio que presta al adquirente, de cuya

participación queda excluido el esclavo, que ya recibió en rancho y albergue su parte, el siervo que tiene reguladas sus relaciones con el señor, el jornalero que ya cobró su jornal.

Así se piensa, así se obra, sobre base tan irracional se funda una organización social, con una religión que pone en boca de un dios la profecía que asegura que siempre habrá pobres en el mundo, y con una ley que adjudica la riqueza al usurpador, cuando la estadística arroja datos como los siguientes que todo el mundo puede leer en *La Conquista del Pan*:

“En el suelo virgen de las praderas de América, cien hombres, ayudados por poderosas máquinas, producen en pocos meses el trigo necesario para que puedan vivir un año diez mil personas...

Con las máquinas modernas cien hombres fabrican con que vestir a diez mil hombres durante dos años.

En las minas de carbón bien organizadas, cien hombres extraen cada año combustible para que se calienten diez mil familias en un clima riguroso”.

Antes de terminar este asunto, expuestos los datos y argumentos racionales pertinentes a mi tesis, quiero oponerlos el más fuerte obstáculo posible a su admisión; tan firme estoy en mi juicio que, seguro de mi triunfo, que es el de la verdad, quiero probarle contra

el más alto prestigio levantado en defensa de la mentira, del privilegio, de la injusticia social.

Léese en la famosa encíclica *Rerum Novarum*, edición oficial:

“A la verdad, todos fácilmente entienden que la causa principal de emplear su trabajo los que se ocupan en algún arte lucrativo, y el fin a que próximamente mira el operario, son estos: procurarse alguna cosa y poseerla como propia suya con derecho propio y personal. Porque si el obrero presta a otro sus fuerzas y su industria, las presta con el fin de alcanzar lo necesario para vivir y sustentarse; y por esto, con el trabajo que de su parte pone, adquiere un derecho verdadero y perfecto; no sólo para exigir su salario, sino para hacer de éste el uso que quisiere. Luego si *gastando poco* de ese salario *ahorra algo* y para tener más seguro este ahorro, fruto de su parsimonia, *lo emplea en una finca*, síguese que *la tal finca no es más que aquel salario bajo otra forma*”.

Adviértase que el papa infalible que escribió y lanzó eso al mundo con su bendición apostólica, ya sabía que el salario no podía transformarse en fincas, a no ser el salario del papa, porque algunas líneas antes se lee:

“el haberse acumulado las riquezas en unos pocos y empobrecido la multitud...; ha sucedido hallarse los obreros entregados, solos e indefensos, por la condición

de los tiempos, a la inhumanidad de sus amos y a la desenfrenada codicia de sus competidores; a aumentar el mal vino la voraz usura...”

¿Para quién y para qué escribiría eso León XIII?

No quiero suscitar con mi respuesta cuestiones ajenas a mi propósito de mantenerme en el terreno de los asuntos económicos, y me limito simplemente a añadir: sólo por excepción se cuentan los que han sido jornaleros entre los propietarios; sólo por excepción se cuentan los jornaleros que ascienden a propietarios, los que no ascenderían si no empleasen medios indeclarables, porque el jornal, que es siempre insuficiente para las necesidades de la vida, no da acceso a la propiedad, y los propietarios lo son por medios que toleran las leyes y que absuelven los teólogos, pero que repugnan a la crítica racional.

IV

He aquí llegada la ocasión de hablar del dinero, lo que haré extractando lo mejor que sepa un trabajo de Tolstoi, que me parece da su verdadera significación.

Créese generalmente que el dinero representa la riqueza, que ésta es el producto del trabajo y que hay relación perfecta entre uno y otra.

Esa creencia es tan falsa como la que supone que cada organización social es resultado de un contrato previo. Dícese que

el dinero no es más que un medio de cambiar los productos del trabajo: yo hago botas, otro cuece pan, un tercero cría carneros, y para facilitar las transacciones, nos servimos de moneda intermediaria. Así considerado, el dinero facilita la circulación de los productos y representa el equivalente del trabajo.

Eso sería perfectamente exacto si no cometiese violencia una de las partes sobre la otra. En cuanto se ejerce una presión, cualquiera que sea su forma, el dinero pierde inmediatamente su carácter primitivo y se convierte en medio coercitivo, en representante de la fuerza injusta y brutal.

Durante una guerra, el botín obtenido por el saqueo no es producto del trabajo, tiene una significación muy distinta del dinero ganado por la construcción de unas botas. Otro tanto sucede con la trata de esclavos.

Si unas campesinas hilan y tejen unas telas y las venden, y si unos siervos trabajan para el amo y éste vende el producto y recibe el precio, las campesinas y el amo de los siervos tienen una misma clase de dinero; pero en el primer caso representa el trabajo: en el segundo, la fuerza inicua.

En una sociedad en que exista una fuerza que se apropie del dinero de los otros o que proteja y defienda la usurpación, el dinero, lejos de ser la representación del trabajo, lo es del despojo a que se somete al trabajador.

Sería el dinero equivalente del trabajo en un medio social en que existiesen relaciones mutuas completamente libres; en la actualidad y en esta sociedad, después de tantos siglos de rapiñas y detentación por los priverligiados del patrimonio universal, el dinero centralizado, no hay quien lo niegue, es violencia y tiranía capitalizada, y el trabajo no entra en él más que en una parte mínima. Decir hoy que el dinero representa el trabajo es, no ya un error, sino una mentira.

En su significación más exacta, el dinero es un signo convencional que da al que lo posee, a título justo o injusto, el medio de servirse del trabajo de los otros.

Casi siempre el trabajador vende los productos de su trabajo pasado, presente y futuro, no ya porque el dinero presente facilidades de cambio, sino porque se le exige como obligación.

Cuando los faraones de Egipto exigían el trabajo de sus esclavos, éstos no podían dar más que su trabajo pasado y presente: pero con la aparición y generalización de la moneda y del crédito, su consecuencia, el trabajador vende su trabajo futuro.

El dinero representa la esclavitud impersonal, que ha substituido en las modernas democracias a la antigua esclavitud personal; y el salario no es otra cosa que el tugurio, el vestido y la bazofia del antiguo esclavo suministrado en numerario, con lo que si nos dejan estirar nuestra actividad hasta donde llega la cadena representada por nuestras privaciones, en cambio, en la época de crisis no

tenemos, como tenían nuestros antepasados, la pitanza segura sino que los amos del día nos dejan morir de hambre cuando los almacenes no pueden contener la sobreproducción.

Supongamos un burgués de aspecto venerable que nada ha hecho, ni hace, ni hará que tenga valor cambiable y social; es esposo de una señora caritativa que, por sadismo, porque le gusta el contacto de la miseria para mejor apreciar el *confort* de que disfruta y embriagarse con la lisonja de la gratitud, lleva la afrentosa limosna a la mansión del pobre, del excedente social; el tal burgués es padre de hijos que se doctoran en la Universidad y de hijas que son el encanto de los paseos, de los teatros, de los templos, de los salones de buen tono, y lleva tras sí, como perrilla bien cuidada que sale a la calle, una cohorte de gomosos callejeros que husmean la dote: éste tal corta periódicamente el cupón de la renta, el cual representa trabajo indudablemente; pero ¿de quién? No seguramente del rentista, quien en el valor de aquel cupón, como en hostia maldita consagrada en el altar del capitalismo, lleva el sudor, la sangre, la muerte prematura de muchos desheredados, y con ello usurpa muchas, muchísimas raciones de productos agrícolas, industriales, científicos, artísticos, etc., que corresponden a tantos y tantos infelices desheredados que de ellas carecen.

He ahí lo que es el dinero, fruto de la ganancia, y ved cómo a su posesión contribuyen: la esclavitud más o menos disfrazada de los trabajadores, la explotación que ejercen los capitalistas, el

mutualismo del crédito, la sanción que le prestan las leyes, la justificación que le otorga la religión bajo la palabra sagrada de un papa infalible, la moral, y hasta, no la ciencia, sino algunos científicos, cuando lo consideran como el premio de la victoria de los fuertes sobre los débiles y mal dotados en la lucha por la existencia.

A la perpetración de ese crimen social contribuyen, en primer término, las instituciones; después, por rutina, por atavismo y por ignorancia contribuimos todos. Podrá excusarse nuestra responsabilidad por la consideración de que obramos impulsados por la fuerza poderosa de la tradición; pero dada la existencia de la protesta científico-revolucionaria que desde mediados del siglo pasado agita al mundo civilizado, protesta que ha puesto en actividad grandes inteligencias creadoras de la sociología, y que ha llevado a la propagación, a la lucha económica y revolucionaria a muchísimos abnegados y nobles altruistas que dieron su libertad, sus amores y su vida por la libertad, el amor y la vida de sus compañeros, la ignorancia y la indiferencia son una complicidad que lleva como castigo el convertir a los cómplices en víctimas, de modo que, al ayudar a los tiranos, trabajan en su propio daño. Sí, los desheredados que no ayudan positiva y directamente a sus compañeros que luchan por la transformación de la sociedad, no sólo son culpables y partícipes de la iniquidad privilegiada, sino que hasta pierden el derecho a la queja, porque su propia conciencia puede acusarles de traidores contra sus compañeros y contra sí mismos.

V

Vosotros, los dependientes de comercio, os halláis, en el concepto que acabo de indicar, en una condición especialísima, diferente de los demás explotados. Ved en qué consiste esta diferencia. Todos, o la generalidad de los trabajadores de la industria y de la agricultura elaboran sus productos, el capitalista los toma y los entrega al comercio, pero el comerciante, al entregarlo al consumidor por medio de su dependencia, ha de sacar de él su ganancia, ya sabéis cómo, poniendo en práctica el famoso y popular “dar gato por liebre”, y este es el principal servicio que el burgués vendedor, que ya ha sacado lo que ha podido del burgués llamado productor, espera de su dependiente, que ha de ser diestro en el arte del regateo, locuaz para mostrarse entendido en la producción del género que vende y sugestivo hasta el punto de persuadir al comprador que realiza un buen negocio con la compra. Vuestra profesión se halla comprendida entre las que Nettlau propone que se estudien para impedir que produzcan sus desastrosos efectos, junto con aquellas otras que fabrican géneros adulterados para estafar y aun envenenar al público y las que construyen cierta clase de edificios públicos o habitaciones incómodas o antihigiénicas para pobres.

Sobre vuestra profesión, no he de disimularlo, y espero, compañeros, que en bien de la verdad y de la justicia a la vez que en vuestro bien me dispenséis mi franqueza, pesa, no diré un

cargo, una consideración; sois de los que más reacios se han mostrado para ingresar en las legiones del proletariado militante, lo que se explica perfectamente por dos causas: primera, porque el contacto con el dinero y el conocimiento del mecanismo del crédito ha hecho de vuestra profesión una especie de noviciado comercial, a cuyo término se hallaba la consagración burguesa de comerciante; segunda, porque el adoptar un vestido y afectar unas maneras convenientes para tratar con el público, ha inspirado a muchos dependientes la idea de que eran superiores al obrero, que habla sin afectación y con cierta rudeza espontánea, y no se desdeña de presentarse en la calle con el traje del trabajo. Pero la justicia proletaria no ha de ser más dura que la cristiana, la cual, según el evangelista Mateo, paga un denario a todo obrero de la viña del Señor, tanto al que se ajustó y comenzó el trabajo a primera hora como al que comenzó cerca de la undécima. Lo importante es que habéis venido, que todos fraternizamos en el trabajo contra la explotación, que habéis comprendido que a la participación del capital, aunque sean muchos los llamados, y lo son todos vuestros colegas, pocos son los escogidos, sobre todo desde que el capitalismo va encontrando trilladas todas las vías del negocio, y no hay medio de encontrarle sino con un capital previo imposible de formar con lo mezquino de vuestro salario.

Y a todo esto ¡qué vida la vuestra! ¡Qué modo de clavar sus uñas en vuestro cuerpo el monstruo de la ganancia! He leído recientemente un opúsculo de Maceín, titulado *Los horrores del*

comercio, en que con estilo sencillo, pero rebosando sinceridad, refiere vuestros padecimientos, y es seguro que si el sufrimiento pudiera medirse, se os pudiera parangonar con los explotados que la opinión califica de más sufridos.

De aquel escrito tomo estos apuntes:

“Nada envidiable es la misión del dependiente de comercio, nada decorosa su situación.

El oficio que desempeña al comienzo es bastante penoso, y sigue siéndolo hasta que se convierte en amo.

Las calamidades que pasa son infinitas, y por eso mismo que las ha sufrido y que no se las han contado, debiera extirpar, cuando se hace burgués, esos procedimientos de rutina y desconcierto que tan mal se avienen con los principios modernos, y que tan mal dicen en favor de los sentimientos humanitarios del hombre”.

Sigue relatando detalladamente la serie de malos tratamientos inflingidos al infeliz aprendiz de dependiente llamado “hortera”, entre los cuales se cuentan el hambre, la falta de descanso, el desprecio, los castigos injustificados, etc., y añade:

“salario no se le concede hasta que no lleva uno, dos y a veces hasta tres o cuatro años; al cabo de este tiempo gana dos, tres o cuatro duros al mes”.

Continúa diciendo:

“Para nadie es un secreto cómo se desarrolla el comercio. La falta de iniciativas y la pobreza de inteligencia de los que dirigen las cámaras, los centros, los círculos mercantiles, los sindicatos, etc., son las causas determinantes del malestar general de las clases comerciales y de la languidez y ruina del comercio. Los dependientes trabajan para sus principales y éstos van echando céntimo a céntimo, en el buzón de sus rapiñas, el producto casi íntegro del trabajo de aquéllos.

Comerciante es sinónimo de usurero. No se preocupan nuestros comerciantes de los problemas que atañen al engrandecimiento y bienestar de sus esclavos. No estiman prudente realizar acto alguno que pueda contribuir a revestirlos de esa simpatía indispensable al mantenimiento de la paz. No buscan más que el medio de retener a los hombres bajo su torpe dominación. Se niegan a reintegrar las legítimas aspiraciones de los que, menos astutos, menos audaces o menos afortunados, no han conseguido conquistar un puesto. Oponen obstáculos y dificultades a los que pretenden salir de su postración. No quieren enlazar intereses con intereses. Más fuertes y poderosos, desvían siempre que pueden las iniciativas de los de abajo. Encuentran desatentado y

temerario el derecho de asociación, y más temerario y descabellado el derecho de la huelga. Añádase a todo esto la falsificación de los géneros, la adulteración de los alimentos y el robo en el peso o en la medida, y se tendrá completo el tipo del comerciante”.

He dicho antes que la justicia proletaria, y ahora quiero denominarla anarquista, no había de ser más dura que la cristiana, a propósito del hecho de que ante los explotados sois los últimos que acudís al llamamiento histórico de Marx: “¡Trabajadores del mundo, asociaos!” Pero he de añadir ahora otra consideración: si mientras ignorabais que en la viña del Señor había trabajo, nadie podía reprocharos haber acudido a última hora, y por eso se os pagó un denario como a los que comenzaron a hora prima, en estos momentos que estáis en la viña y que veis la gran labor que ha de efectuarse, vuestra conciencia, aquel sentido íntimo donde radica toda justicia, que no es ya justicia de religión, de secta ni de partido, sino justicia absoluta y perfecta, os impone el deber de contribuir al trabajo con una parte que no rebaje vuestra honorabilidad de clase ni vuestra dignidad personal.

Ved lo que dice Enri Dagan para terminar su obra *Supersticiones políticas y fenómenos sociales*, de donde he tomado algunos pensamientos para el presente escrito:

“Se está cerrando la era del trabajo.

Los pueblos atraviesan una crisis sin ejemplo en la historia universal: se empobrecen en el seno de la abundancia.

En los países más ricos (Estados Unidos e Inglaterra), el pauperismo es más intenso.

Hemos llegado al caso de preguntarnos si vamos hacia una nueva servidumbre o a una libertad desconocida”.

Duda terrible, compañeros, a la que es preciso responder de una manera categórica, enérgica.

Yo daré mi respuesta, pero antes conviene hacer esta observación:

Todos los abusos del poder se acumularon durante la Edad Media en la autoridad de la Iglesia; sobrevino la reforma, verdad y justicia relativas, y produjo el aborto del protestantismo que, justiciero contra el catolicismo, concuerda con él en oponer los errores primitivos y trasnochados del Génesis a las verdades recién descubiertas por la ciencia. Vino luego la revolución democrática, y tomando por unidad política el ciudadano, título que por parangonar en el derecho parlamentario al pobre y al rico encubre todas las desigualdades sociales, convirtió en ridículo sarcasmo la famosa trilogía republicana. Surge luego el socialismo, a consecuencia del fracaso de la democracia y de la república; verdadero fracaso,

compañeros, tened el valor de reconocerlo, porque en ninguna de la treintena de repúblicas que hay en el mundo existe libertad, igualdad ni fraternidad, y para darse carácter práctico, huyendo de ser tenido por utópico, ha caído en un utilitarismo burgués, inculcando a los trabajadores la conquista del poder por la política, y la del capital por la cooperación, utopia pancista tan lejos de la realidad como lo estuvo Sancho Panza de ser titulado conde, duque ni archipámpano.

Sí, verdad es que atravesamos la crisis absurda del hambre en la abundancia; pero de ello son responsables y culpables en gran parte todos esos reformadores que desvían al trabajador de la vía emancipadora, que aceptan las semiverdades, que por fuerza atávica están enganchados al pasado, y por vanidad y moda se presentan como radicales, de los cuales no saldrá jamás nada claro, concreto ni práctico, sino lo que saliere, reservándose del derecho de criticarlo después. Para mí, el temor de una nueva esclavitud, desconociendo el valor del progreso, tiene tan escaso fundamento y merece tan escaso crédito como el que se concedería a quien profetizara que el hombre ha de retrogradar hasta convertirse en mono.

Sí, vamos a una libertad desconocida, pero prevista; vamos a la participación de todos en el patrimonio universal, y esto como consecuencia del saber y de la dignificación de los hombres contribuyendo a la realización de este ideal los errores de los

regresivos y de los estacionarios, tanto por lo menos como la energía de los progresivos.

Vamos... pero no quiero decíroslo yo; mi profecía del ideal no puede gozar del menor crédito.

Oid lo que dice Elíseo Reclús, anarquista a quien los mismos burgueses consideran como una eminencia científica:

“La sociedad anarquista es una comunidad de iguales, y será para todos una felicidad inmensa, de que no podemos formar idea actualmente, vivir reconciliados todos, porque los intereses de dinero, de posición, de casta, no harán enemigos natos los unos de los otros; los hombres podrán estudiar juntos, tomar parte, según sus aptitudes personales, en las obras colectivas de la transformación planetaria, en la redacción del gran libro de los conocimientos humanos; en una palabra, gozarán de una vida libre, cada vez más amplia, poderosamente consciente y fraternal...”

Ya lo veis, compañeros, desde el abismo de la pérdida en que nos tiene sumidos el régimen de la ganancia, aspiramos a esa edad de oro que nos promete la ciencia, superior a la que del pasado forjaron los poetas. Id a trabajar por su aproximación, y en pago de vuestro trabajo disfrutaréis de la propia estimación, que es la mayor recompensa a que puede aspirarse, y por añadidura seréis

recompensados con la gratitud de los desheredados a quienes hayáis roto las cadenas de la servidumbre.

Un pensamiento final para las mujeres: la mujer es susceptible de saber tanto como el hombre y de sentir más que el hombre.

Se ha dicho, y me parece que la historia lo confirma, que en el mundo no triunfa una idea hasta que las mujeres la aceptan, la sienten y son capaces de sacrificarse por ella.

Yo sé como sienten las mujeres, porque me lo ha enseñado la experiencia del mundo y por lo que he visto en mi familia cuando he tenido la honra de sufrir por la idea; sé, por tanto, que habéis de sufrir cuando os hiera el privilegio, y más aún cuando hiera a los que amáis.

Un consuelo y un remedio os propongo: que esforcéis vuestra inteligencia hasta conocer la verdad, la belleza, la justicia, y sobre todo la posibilidad del ideal libertario. Sentid mucho lo que sufran por la iniquidad social vuestros padres, vuestros hermanos, vuestros amigos, vuestros esposos y vuestros hijos; pero sentid más los atropellos cometidos contra la razón, porque de ese modo, con vuestra enseñanza y con vuestros consejos evitaréis muchos males. Si así no lo hacéis, sufrid y sufrid vuestro merecido, porque en todos aquellos males os corresponde gran responsabilidad.